

Luis Gallegos Valdés

## Epistolario Croce-Vossler

**B**ENEDETTO CROCE y Karl Vossler iniciaron su amistad epistolar en 1899. Con pocas interrupciones las cartas entre uno y otro se seguirán durante medio siglo, lo que prueba no sólo un vivo y común interés por los asuntos filológicos, filosóficos y literarios, sino el deseo de cultivar una amistad, inquebrantablemente, y por encima de las vicisitudes.

Croce (1866-1952) es el filósofo de la libertad. Amó los viajes, pero la mayor parte de su vida la pasó en Nápoles, aunque él era oriundo de Pescasseroli, Aquila. Desde Nápoles irradia su influencia, primero a Italia, en seguida a otros países del mundo. A la filosofía pura se entregaba, según propia confesión, cuando verdaderamente se sentía inclinado a ello; porque su espíritu incansable y optimista (optimista en la vida y en el filosofar), se desbordaba, cuando eso no ocurría, en el estudio de la historia, en el ejercicio de la crítica literaria, en la política y aun en la bibliomanía. Pero los hábitos adquiridos en su juventud fueron el acicate poderoso que en su vejez tuvo para proseguir su intensa labor intelectual, perturbada primero por la primera guerra mundial, luego por el advenimiento del fascismo y más tarde por la segunda conflagración.

Durante la guerra mundial número uno los dos amigos apenas interrumpen su correspondencia, pero de ese terrible acontecimiento Vossler sale más afirmado en su cariño por Alemania. Vienen unos

cuantos años de respiro para Europa. Italia es, sin embargo, perturbada pronto por el fascismo de Mussolini. Las turbas fascistas saquean en una ocasión la casa de Croce, quien se mantiene fiel a su ideario político liberal y le escribe a su amigo (carta CCXXXIII) "Nunca he sido nacionalista, sino simple patriota al viejo modo bonachón y burgués. No consigo digerir todo lo que ahora sucede en Italia y en otras partes. Pero pasará".

Vossler es quien inicia el Epistolario, en italiano, desde Heidelberg, en 1899, al acusar recibo a Croce de una postal y de una traducción. Continuará produciéndose en esa lengua, que era la de su esposa y que él amaba, hasta la primera guerra; después escribirá en alemán a su amigo italiano.

Vemos cómo poco a poco la simpatía inicial se va convirtiendo en amistad cada vez más firme. La vida familiar, y éste es uno de los encantos del libro que comentamos, se mezcla íntimamente a la vida cultural. Se discute a veces apasionadamente y si bien parece que ni uno ni otro corresponsal cederá en determinados puntos de vista, a la postre suele surgir el acuerdo. A este propósito escribe Croce en una ocasión: "Veo que las discusiones entre nosotros no son inútiles, porque verdaderamente nos estamos conciliando con la verdad". En esa época Croce y Vossler se traían entre manos la cuestión de las ciencias naturales y de las ciencias históricas. Vossler afirmaba que "entre ciencias históricas y ciencias naturales no puede haber diferencia esencial, sino solamente diferencia de grado". Tratan de los pseudoconceptos útiles tanto en las ciencias históricas como en las naturales y que vienen a ser como apoyaturas del intelecto en su marcha hacia el descubrimiento de la verdad, bordones del método nada más. "Lo que hay de común (a ellas) son justamente los pseudoconceptos hasta hacerlos convertir en leyes...", escribe Vossler a su amigo y agrega cartas después: "No has querido convencerte de que es insostenible también la precedencia del concepto puro sobre el pseudoconcepto".

Vossler se llama, modesto, "filósofo aficionado" y, como buen alemán, tiene por herencia afinado el olfato para cazar las ideas filo-

sóficas; pero, culturalmente, es latino, y de ahí el que sienta cierta desconfianza ante la filosofía pura. Prefiere lo histórico a lo metafísico. Este es el punto de coincidencia con Croce, un filósofo. Al afirmar que culturalmente Vossler es latino, lo hacemos con el siguiente distingo: lo es para nosotros en cuanto que desde su juventud ama al Dante, se place en el estudio de la *Divina Comedia*, dedica investigaciones minuciosas a poetas italianos, escribe una historia de la literatura italiana y luego se lanza, con avidez extraordinaria, en el estudio de la lengua y de la literatura de Francia. Es la misma actitud de Goethe: la nostalgia de las tierras solares, mediterráneas. Como Goethe, también, otro punto de coincidencia, no ama la filosofía pura, menos la jerga de los filósofos profesionales.

De ahí su comprensión y amor por Croce, que es un filósofo dueño de un estilo claro, preciso, eficaz. Por otra parte, Croce se complace asimismo en los asuntos históricos; es un historiador de método riguroso, erudito, en las antigüedades de Nápoles, pero que, águila caudal del pensamiento, sabe a tiempo alzar el vuelo y agarrar vigorosamente los conceptos huidizos y desmenuzarlos con el mordiente de su poderoso espíritu crítico. Por eso no sucumbió, vagaroso, ante el hegelianismo, sino que supo interpretarlo dando razón de él en su libro *Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Hegel* y por eso le escribe con toda razón Vossler: "Estoy leyendo tu *Filosofía della Pratica*. La saboreo despacito porque no querría que terminara demasiado pronto el placer de la lectura. He leído la mitad. Es hermoso, es contundente y también muy simpático, vivo, vivaz, sutil, gracioso, fuerte y bueno este libro tuyo. En suma, es un libro de filosofía humano, en tanto que los nuestros o son inhumanos, como los de Nietzsche y Schopenhauer, o son sobrehumanos, como los de Kant, Fichte y Hegel; no hablo de los otros que son aburridos".

Vossler rechaza la filosofía monística, porque el monismo "recae siempre en el naturalismo e intelectualismo". Y un poco antes, dando muestra de su agudo "instinto" filosófico, dice: "El lado vulnerable de los sistemas tradicionales es justamente esa simetría, el esquematismo arquitectónico..."

A Vossler lo atrapa terriblemente la enseñanza. Croce escribe: "tuve una recaída en mi neurastenia". Son las vicisitudes de la vida, los fastidios de la malla de lo cotidiano que impiden de pronto a los grandes hombres apacentar libremente su espíritu en las regiones sídeas; las trabas inevitables de lo real con todos sus pinchos y erizamientos.

¿Cómo deduce uno, leyendo el Epistolario, que son Vossler y Croce? Son, ante todo, dos poderosas inteligencias compenetradas en los mismos asuntos, en los mismos ideales culturales. Profesor, Vossler; vacante a sus propias lecturas, reflexiones y estudios durante todo el día, Croce. Sin embargo, es en la noche cuando lee, y lee despacio. Ambos son padres de familia. Sus vidas carecen de sobresaltos económicos y sentimentales, porque si no les hubiera sido imposible hacer lo que realizaron cada uno en su esfera cultural. Asegurado el pan diario, Vossler mediante su carrera de profesor, Croce mediante un patrimonio acrecentado por su férrea voluntad, las ideas acuden a torrentes, las tareas se agrandan magníficamente y el mundo del conocimiento de esos hombres llega a la plenitud dentro de las cosas amables de la vida, perenne búsqueda de la verdad de dos cerebros anchurosos, insaciables. Pero de pronto la primera guerra signa de tragedia sus vidas. La vida saturada de *sophrosyne* se altera. La razón anda loca por el mundo, perseguida por la pasión. Se desmorona el mundo ideal. Caen las catedrales, mueren los hombres. ¿Dónde está la civilización forjada a través de los siglos, los viejos hábitos de medida y orden heredados por generaciones y generaciones?

"Pero quizá nos habíamos vuelto demasiado intelectuales y cerebrales, y si la guerra no es favorable al pensamiento, sirve para educar la voluntad y el carácter..." Tal piensa el alemán Vossler, definiéndose de cuerpo entero, como un auténtico alemán, en esta frase. Pero la guerra total, que será la segunda de las mayores catástrofes que registra la historia contemporánea, en vez de educar la voluntad, la aniquila, la envilece como se vio con los nazis y sus campos de concentración. Décadas más adelante, cuando la otra conflagración, hablará de "las amarguras presentes".

Vemos a Vossler empero surgir de estas cartas como un estoico, sin desabrimientos, ni poses de rigidez. Un estoico sonriente, que va elaborando sus maravillosos capítulos sobre filología; Croce, en cambio, es menos disciplinario en el sentido alemán, menos autoritario, aunque tenga un temple polémico y un sentido de la sátira tremendo.

Ambos saben ser esposos, padres. Vossler habla a menudo de su madre. Croce habla de sus hijas, que estudian letras. A Vossler, uno de sus hijos, le da serios dolores de cabeza. Este hijo, Walter, agente de enlace en Italia, desaparecerá en este país durante los últimos meses de 1944 ó 45. Hace años ha muerto la esposa de Vossler, italiana de origen; pero el maestro de la filología románica volverá a contraer nupcias. Croce, de los dos, tiene acaso una vida más estable. Y de los dos es el político, puesto que llegó a Ministro de Instrucción Pública de Italia.

¿Y físicamente cómo nos los podemos imaginar a ambos amigos? El filósofo italiano es, a juzgar por alguna fotografía, fuerte y de leonina cabeza. Vossler, siendo también fuerte pero delgado, es más bien calvo y de rostro más afinado que el de Croce, que posee una mandíbula de César romano. "Tenía un aire de campesino" dice de Vossler el doctor Salvador Aguado-Andreut, su discípulo.

A través del Epistolario se van barajando los temas, las tendencias de esos dos espíritus altamente rectores de la cultura europea de esta época. Vossler se orienta desde un principio con ímpetu hacia los estudios literarios. Va configurando poco a poco sus preferencias intelectuales: Italia, Francia, la cultura española, lo románico en suma. Inciden él y Croce en este gusto por lo hispánico, pero Croce asienta "que la cultura española no ha dado a la Europa moderna ninguno de los conceptos y de los sentimientos que le han dado Italia, Francia, Alemania e Inglaterra". La réplica de Vossler no tarda y es contundente: "...los españoles han dado a Europa un continente nuevo, un concepto nuevo de autoridad y disciplina, mucha poesía, muchas formas de vida: y todo eso modificó profundamente la fisonomía espiritual de la Europa moderna". Y al formular este aserto Vossler no hacía sino expresar una verdad confirmada por la

historia en tanto que el criterio de Croce, cosa curiosa, lo aplicaría años más tarde a la América hispana otro italiano: Papini. Criterio erróneo sin lugar a dudas y que explícate por la ignorancia de Croce y Papini en asuntos americanos. Vossler, por el contrario, viajó por estas tierras (Cuba, Brasil) y comprobó lo que sus estudios ya le habían enseñado: que la cultura hispánica es una de las más interesantes y vitales de la humanidad. "En cuanto a España —rectificará generoso Croce— yo también la quiero grandemente, y sueño con volver a mis juveniles estudios de poesía y literatura españolas".

Una de las sorpresas más gratas del libro, y el Epistolario abunda en sorpresas de esta clase, eminentemente placenteras al intelecto y al sentido histórico y literario, es la opinión de Vossler acerca del estilo: "O el estilo se entiende como juicio estético... o como concepto de orientación, y por tanto estéticamente neutral y relativo (y este es mi caso); o se emplea en el sentido de manera, manierismo, etc., y entonces es un concepto polémico, por ende, no histórico".

En medio de este discutir, surge lo desagradable. Escribe Vossler: "Es muy penoso soportar la náusea y el asco que nos acometen de todas partes, y especialmente de las partes intelectuales". La gangrena había llegado al cerebro en la Europa de 1933 y 34, infestándolo todo; gangrena moral sobre todo.

¡Cuánta lección que obtener recorriendo este Epistolario! Con razón escribe el Dr. Aguado-Andreut que "es toda una lección de ciencia y de amistad". Una de ellas es que el estudio a fondo de la literatura implica el servicio indispensable de las monografías. Otra: que el estudio literario debe ser pausado, y, finalmente, que la amistad es algo muy grande, muy entrañable.

San Salvador, El Salvador, 1957.